a heroica cinded the acortità e dorma la vista rento del Park reliente y pererora empuyeto elangue in todouder que se vary lan el corre I Norte. Ningen vendo per la aller, e in 10 leve rumin estridente de los resultius de purlus rajar y pepeler, que iben de arrayo en arrayo quandre comeCLARIN , levre 3 tel ave envul y su tiempo plagues envisable The de publication equallor uniquiar de la bas ellas volvas de todo se juntalem en un se en bourse una doscuridas un souverto, y strict in sulverel, das, dispossandoss, selvendo un junde, hoster la conteles tembetions il la famile contelle de propose en la propose a la regiona, la sur la contenta de la contenta del contenta de la contenta de la contenta del contenta de la contenta del the ellier to alto de la estable torre Pinte Burrera del Delivedor. La estella ations, juine muntin of picolo, de

EXPOSICIÓN

Comisario Javier Barón Thaidigsmann

Asesores

José María Martínez Cachero Francisco Crabiffosse Cuesta

Coordinación

Roberto Sancifrián Obra Social y Cultural Cajastur

Asistentes de coordinación Begoña Alonso Cires Henar Sancifrián Fernández

Restauración

Lucía Martínez Valverde Eva Perales Ojeda Clara González Fanjul Sagrario Moreno

> Enmarcación Texu, Oviedo Estampa, Madrid

*Montaje*Dirección:
Javier Barón Thaidigsmann

Realización:

Ramón Isidoro Pérez Equipos de montaje de Cajastur y Centro de Arte Moderno Ciudad de Oviedo

Cartel
Jacobo Pérez-Enciso

Transporte y embalaje Urbano

Transportes Alba S. L. S.I.T. Transportes Internacionales

Seguros
Servicios Técnicos de Aseguramiento Integral
Caser
Willis Iberia

CATÁLOGO

Dirección Javier Barón Thaidigsmann

Catalogación

Javier Barón Thaidigsmann (pinturas, grabados y litografías)

Francisco Crabiffosse Cuesta (fotografías)

María Jesús Villaverde Amieva (manuscritos y libros)

Fotografía

Luis Escobar, Madrid.

Kike Llamas / Marcos Morilla, Gijón

Mara Herrero, Oviedo

José Baztán y Alberto Otero, Madrid.

Oronoz, Madrid

Archivo Moreno

(Instituto de Patrimonio Histórico Español)

Banco de España

Biblioteca Nacional, Madrid

Casa Museo Benito Pérez Galdós, Las Palmas

Casa Museo Unamuno, Salamanca

Hemeroteca Municipal de Madrid

Instituto Geográfico Nacional, Madrid

Museo de Bellas Artes de Asturias, Oviedo

Real Academia Española

Real Academia de la Historia

Alonso, Oviedo

Gonzalo Bullón, Zaragoza

Javier Campano, Madrid

M. A. Quintas, Zamora

Javier Marín, Palencia

Montserrat de Pablo, Madrid

Javier de la Serna García, Torrelodones (Madrid) Javier Salinas, Murcia

© De la edición

Cajastur y Fundación Ramón Areces

© De los textos, los autores

© De las fotografías, los autores

Queda expresamente prohibida, incluso citando la procedencia, cualquier reproducción de textos y fotografías no autorizada por sus autores.

Diseño y maquetación / Juan Carlos Villaverde Amieva Fotocomposición / Charlotte Le Lanchon Fotomecánica y filmación / Fotomecánica Asturiana I.S.B.N.: 84-7925-183-2

Depósito Legal: As.- 3981/01

Clarín, los campesinos y el «Folk-Lore Asturiano»

por Juaco López Álvarez

A AMBICIÓN de los escritores adscritos al realis-✓ mo o al naturalismo del siglo xix era retratar la realidad social lo más fielmente posible. Por este motivo estos escritores tratan casi exclusivamente de mundos conocidos, a los que a menudo pertenecen ellos mismos, y que gracias a su capacidad de observación retratan con mayor o menor fortuna. Cuando se apartan de lo conocido o vivido, esos mismos autores tienen que documentarse o dirigir su mirada hacia aquello que pretenden describir. Gus-tavo Flaubert es un escritor realista del que se conoce muy bien su proceso de creación. En su correspondencia ha dejado buena cuenta de la laboriosísima tarea de observación y recopilación de datos que tienen algunas de sus paginas. Cuando escribía Madame Bovary acudió a unos «comicios», o exposición agropecuaria, para conocerlos personalmente y relatarlos de manera adecuada, y cuando quiso describir un pie deforme se volcó furiosamente en la cirugía y acudió a visitar a su hermano médico en Rouen para charlar sobre la anatomía del pie, etc. La escritura de Bouvard y Pécuchet le supuso la consulta de más de mil quinientos libros y la visita a especialistas en cada una de las materias a las que se aficionaron los dos amigos parisinos. «Para escribir habría que conocerlo todo», le escribe a L. Colet¹.

Es complicado para un escritor reflejar la vida y los sentimientos de una clase social que no sea la suya. Eso requiere mucho interés por ese otro mundo, una convivencia estrecha o una identificación intelectual para poder penetrar en el sentido y los rasgos de un grupo social ajeno. Cuando las cosas no se hacen así o no son así, es fácil que un escritor al tratar sobre un grupo extraño, aunque sólo sea superficialmente, caiga en el estereotipo y acabe describiendo la realidad no a partir de la observación minuciosa de esa realidad sino a través de imágenes preconcebidas.

Leopoldo Alas, Clarín, era un gran conocedor de la sociedad burguesa de Oviedo, a la que pertenecía por origen y de la que fue un miembro destacado a lo largo de su vida. Sus años en Madrid, dedicados al estudio, la literatura y el periodismo, sus ideas liberales republicanas, no muy difundidas y apenas asimiladas en su época por su clase social, y su capacidad de observación, le permitieron a su regreso a Oviedo, en 1883, como catedrático de Derecho Romano, observar su propia sociedad con ojos distantes y críticos. Esto, aunque parezca algo sencillo, no es corriente y sólo se explica por tratarse de una personalidad inquieta por la realidad de su entorno. Sin embargo, cuando Clarín escribe sobre otros grupos sociales no reflejará la realidad de estos, sino las ideas que él mismo mantiene sobre esos otros grupos, cayendo a menudo en la imagen estereotipada que

^{&#}x27;Gustave Flaubert, Cartas a Louise Colet, Madrid, ed. Siruela, 1989, pág. 381.

tiene la mayoría de los miembros de su clase social.

En la época de Clarín existen en Asturias dos grupos sociales que tienen una gran presencia en la sociedad, y que tendrán su reflejo en su obra literaria: los campesinos y los emigrantes a América, en especial los emigrantes retornados con fortuna que se conocen como «americanos» y sobre todo como «indianos». En ambos casos, el retrato que a menudo hace Clarín de ellos está basado en lugares comunes que demuestran su falta de interés y su desconocimiento, o bien su poco aprecio por estos grupos sociales.

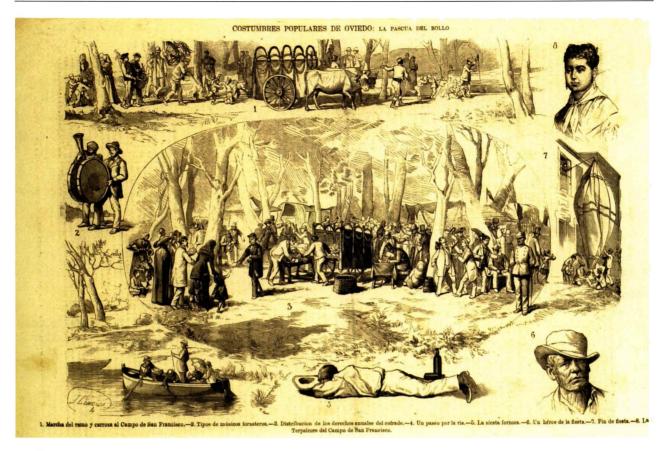
Los campesinos eran la población más numerosa de Asturias. La mayoría no eran propietarios de la tierra, aunque en esos años estaban comenzando a serlo. El campo asturiano, sobre todo el localizado en la zona central próxima a las ciudades, estaba cambiando considerablemente. La apertura del ferrocarril a Castilla en 1884 y la mejora de los puertos de mar abarataron el precio de los cereales y favorecieron la expansión de la ganadería de leche; el crecimiento de los núcleos urbanos también fue un factor que facilitó la mejora de las condiciones de los campesinos en los alrededores de las ciudades, que tuvieron que suministrar mayor numero de alimentos a una población en permanente crecimiento. En estas zonas, los cambios se manifestarán en la mejora de muchas caserías en las que se construyen viviendas amplias, de planta baja y un piso, grandes paneras para el almacenamiento y conservación de las cosechas, y cuadras y tenadas fuera de la vivienda. De todos modos, muchos campesinos todavía siguen siendo colonos de la aristocracia y la alta burguesía, y mantendrán las viejas casas de planta baja y una subsistencia precaria. Este grupo aparecerá esporádicamente en La Regenta y será el protagonista de varios de los cuentos de Clarín, que analizaremos más adelante.

Como el campo asturiano, América también saldrá mencionada frecuentemente en la obra literaria de Clarín. No podía ser de otra manera en un escritor realista que pretende retratar su época, y está viendo cómo la emigración y la guerra en aquel continente son el destino de muchos de sus paisanos. Desde mediados del siglo XIX, miles de jóvenes, mayoritariamente varones de 13 a 18 años, abandonaron Asturias para dirigirse a Cuba, Méjico y Argentina. Por ello, los emigrantes tienen en este periodo una presencia verdaderamente importante en Asturias. De todos los que marcharon, una buena parte regresaron: unos pocos enriquecidos, otros con un corto capital, otros a seguir como estaban antes de partir y otros, que llegaban enfermos, a morir con los suyos. Los primeros serán los que por su dinero, su atuendo, sus ideas, sus actitudes y sus casas producirán un reflejo deslumbrante en el tiempo que va desde mediados del siglo XIX a los años treinta del siglo xx. El indiano rico es un personaje literario que parece ineludible en el panorama social de ese momento. Clarín lo utilizará en La Regenta y en algunos de sus cuentos. Ahora bien, el retrato que hace Clarín de este grupo social no es inocente, está hecho desde otro grupo social, el intelectual universitario y liberal, que, de igual modo que lamenta la emigración masiva de campesinos, los desdeña cuando vuelven ricos. Los indianos son campesinos enriquecidos en América, y Clarín los tratará como nuevos ricos que mantienen las maneras burdas del campo, incapaces de «pulirse», porque no saben vivir sin desprenderse de la herencia de su origen y sin perder esa referencia del medio en el que nacieron y se criaron. En La Regenta escribe:

«La Colonia, la parte nueva de Vetusta, merced a la influencia poderosa del marqués, por un rasero se había medido. No había una casa más alta que otra. Protestaban algunos americanos que querían hacer palacios de ocho pisos para ver desde las guardillas el campanario de su pueblo» (capítulo VIII).

En los primeros capítulos de *La Regenta*, en los que se describe la ciudad y su ambiente social, aparece este grupo y sus viviendas retratados con todos los tópicos que desde antiguo se les aplica de manera irónica:

«El Magistral volvía el catalejo al Noroeste; allí estaba la Colonia, la Vetusta novísima, tirada a cordel, deslumbrante de colores vivos con reflejos acerados; parecía un pájaro de los bosques de América, o una india brava adornada con plumas y cintas de tonos discordantes. En los tejados todos los colores del iris como en los muros de Ecbátana; galerías de cristales robando a los edificios por todas partes la esbeltez que podía suponérseles; alardes de



Cat. n.º 338.

piedra inoportunos, solidez afectada; lujo vocinglero. La ciudad del sueño de un indiano que va mezclada con la ciudad de un usurero o de un mercader de paños o de harinas que se quedan y edifican despiertos (...) Los indianos de la Colonia que en América oyeron muy pocas misas, en Vetusta vuelven, como una patria, a la piedad de sus mayores: la religión con las formas aprendidas en la infancia es para ellos una de las dulces promesas de aquella España que veían en sueños al otro lado del mar. Además, los indianos no quieren nada que no sea de buen tono, que huela a plebeyo, ni siquiera pueda recordar los orígenes humildes de la estirpe» (capítulo 1).

Dos personajes secundarios de *La Regenta* pertenecerán al grupo de los indianos. Uno es don Frutos Redondo, al que doña Anuncia, tía de la Regenta, recuerda haber visto en mangas de camisa aplastando «terrones en los suburbios de Vetusta». Don Frutos, «procedente de Matanzas con cargamento de millones, venía dispuesto a edificar el mejor *chalet* de Vetusta, a tener los mejores coches de Vetusta, a ser diputado por Vetusta y a casarse con la mujer más

guapa de Vetusta» (capítulo v).

El otro indiano es don Francisco Páez, que había pasado veinticinco años en Cuba sin oír misa. «Creía firmemente que Dios era una invención de los curas; por lo menos en la Isla no había Dios (...); pero poco a poco entre su hija y el Magistral le fueron convenciendo de que la religión era un freno para el socialismo y una señal infalible de buen tono. Al cabo llegó Páez a ser el más ferviente partidario de la religión de sus mayores» (capítulo XII). Su hotel era un derroche de lujo, y «era el único vetustense que hacía visitas en coche y tenía lacayos de librea con galones a diario».

Los indianos son los protagonistas de dos cuentos: *Boroña y Don Patricio o el premio gordo en Melilla*. El primero es una historia muy repetida y tópica que cuenta la desgracia de un indiano enfermo que vuelve a su casa añorando la infancia y la madre difunta, y se encuentra una familia codiciosa que sólo lo quie-



Cat. n.º 297

re por el dinero. El segundo cuenta la historia de un indiano listo, analfabeto y tremendamente avaricioso, que para no dar dinero para los soldados de la guerra de África urde un plan con el que engaña a los burgueses que pretenden reírse de él.

Por último, en el conocido cuento ¿Adiós, Cordera!, la figura del indiano aparece como contrapunto de los campesinos pobres, equiparada con los señores, los ricos y los curas:

«Y, llorando, repetía el rapaz, más enterado que su hermana de las picardías del mundo:

—La llevan [a Cordera] al Matadero... Carne de vaca, para comer los señores, los curas... los indianos».

Y más adelante, es la hermana la que grita al paso del tren que lleva a su hermano como soldado a la guerra carlista:

"Allá iba [el hermano], como la otra, como la vaca abuela. Se lo llevaba el mundo. Carne de vaca para los glotones, para los indianos; carne de su alma, carne de canón para las locuras del mundo, para las ambiciones aienas».

Ésta va a ser la imagen de los emigrantes que tratismite Clarin en su obra. Una imagen bastante pobre, pues en ese tiempo los emigrantes retornados formaban un grupo heterogéneo que tenía gran peso social y mucha importancia en el desarrollo de la región, no sólo por el dinero que habían traído algunos, sino por las ideas y hábitos nuevos que habían adquirido en América, así como por las experiencias

acumuladas en aquel continente. Todo esto representaba una fuente de inspiración literaria que los escritores de esa época, incluido Clarín, no supieron valorar, ni retratar. Además, no deja de ser paradójica la contraposición que se pretende crear entre campesinos e indianos, cuando serán muchos de éstos los que con su dinero levanten en esta época y años después numerosas escuelas, sufraguen asilos y hospitales, carreteras y caminos, construyan traídas de agua, fuentes y lavaderos públicos, y socorran las desgracias de muchos de sus familiares y vecinos.

Clarin conocerá el medio rural asturiano durante sus vacaciones de verano en la casona familiar de La Rebollada, situada en la parroquia de Guimarán (concejo de Carreño), próxima a la ciudad de Gijón. Su familia paterna, los García-Alas, era desde el siglo XVII propietaria de caserías y tierras en este concejo, y aquí pasará él casi todos los veranos de su vida, de julio a septiembre. El descanso, los baños de mar en Candás o Salinas, los paseos, las romerías, la escritura y la contemplación del paisaje, que tanta influencia tendrá en su obra literaria, serán las actividades de Clarín durante estos tres meses. Su relación con los campesinos de este entorno no debió de ser muy intensa, sino más bien distante, manteniendo las distancias usuales entre la posición del propietario y la condición de colono o arrendatario. Él, como hombre preocupado por cuestiones sociales e influido por el krausismo, no fue insensible a la pobreza del campesinado asturiano, que era manifiesta y alarmante, pero sí a su cultura y a las causas reales de la situación que padecían. Esta actitud no fue exclusiva de Clarín, sino común a la mavoría de los miembros de su misma clase social, incluso de los universitarios calificados de reformistas o progresistas, para los cuales

En Zivita, cuento escrito por Clarin en 1884, se recoge la generosidad de los indianos, cosa poco frecuente en la obra de este autori Apuile. Zuvita frisala con los cuatents años cuando [...] vito al fin coronados sus esfuerzos con el merecido galardon de una catedra de Psicología, Lógica y Ética, en el Instituto de Lugarucos, pueblo de pesca, donde un americano prodigo habra fundado aquel ventro de ensenanza para los hijos de los marineros que duisieran ser pilotoss.

Sobre las estancias de Clarin en Carreno vease Agustin Colettes Blanco, Un rimon de hojas y hierbase Candas y el concrio de Carreno en la xida y la obra de Leopoldo Alas - Clarino, Candas, Centro de Escultura de Candas - Museo Anton, 1003, pags. 38-03.



Cat. n.º 298.

los campesinos eran una masa de población rutinaria e inculta, cuando no un estorbo para las transformaciones sociales y la modernización del país. En general, casi todos los universitarios encuadrados en el denominado grupo de Oviedo dedicaron su interés a las clases obreras urbanas. Las ideas de este grupo sobre los campesinos quedan bien reflejadas en un artículo escrito por Adolfo Álvarez-Buylla (1850-1927) para la revista *Nuestro Tiempo* en 1901:

«Por regla general en nuestro país los labradores, y muy particularmente los peones del cultivo, viven en un abandono de las cosas del espíritu que espanta. Acaso en algunas regiones, las del Noroeste y Centro, tengan cierta agudeza de ingenio; pero esta buena primera materia yace inexplorada de por vida. Las escuelas en la aldea son escasas, y contra lo que aconseja la más vulgar experiencia, dirigidas por maestros *incompletos* en capacidad, instrucción y paga; los pocos alumnos que llegan á aprender á

leer y á escribir medianamente, lo olvidan, faltos de estímulos para conservar lo aprendido; allí todo fanatismo tiene su asiento; del campo, en España, han salido los batallones carlistas y las masas anarquistas de la Mano Negra; apenas se lee un periódico, y casi nunca un libro; por maravilla se asocian los labriegos para nada que signifique practica de clase; ni una sociedad cooperativa para la adquisición de semillas ó de aperos perfeccionados y máquinas agrícolas; hablar a los más instruidos, ¿qué digo? á los menos ignorantes, de las instituciones de crédito de Wollenborg ó de Durand, sería como hablarles en lenguaje ininteligible. Si en punto á cultura los obreros de la industria viven con respecto a los del resto de Europa medio siglo atrasados, los obreros del campo están a tres siglos de distancia de sus compañeros europeos»⁴.

⁴Adolfo A. Buylla, «Reformas sociales. Exposición de algunas compatibles con el estado actual de la cultura española en patronos y obreros», *Nuestro Tiempo*, 5 (1901), pág. 603, citado por Jorge Uría,

«Aquel garrote, la sencilla americana y el hongo flexible de anchas alas [del marqués de Vegallana] eran garantía de su popularidad en las aldeas. Tenía todo el orgullo y todas las preocupaciones de sus compañeros en nobleza vetustense, pero afectaba una llaneza que era el encanto de las almas sencillas» (capítulo VIII).

Las «almas sencillas» no son una mera imagen literaria, sino que es una denominación que responde a la visión que tenía Clarín del carácter de los campesinos y de otras clases populares. De este modo, en un artículo escrito con anterioridad a *La Regenta* y publicado el 18 de julio de 1882 en *La Ilustración Cantábrica*, se describe el carácter de los pescadores de Candás del modo siguiente:

«(...) a este pueblo, que vive en constante guerra, en perpetuo asedio con las olas, le queda, como carácter formado por esta excitación del espíritu, siempre ante el peligro, siempre ante la muerte, una bondad natural, sencilla; una humildad graciosa, servil, y una alegría que a veces parece salvaje; pero que es el grito del valor que vence en la continua batalla de la vida difícil, dura, seria y ocupada (...)».

En *La Regenta* se contraponen una vida rústica en la que pululan almas sencillas, simples y toscas, y una vida urbana, que es la protagonista, en la que predominan los personajes con sentimientos complejos, hipócritas y delicados. Esta contraposición es un lugar común muy antiguo en el que normalmente se proyectan las ideas políticas de los autores⁶. El campesinado aparece casi siempre como grupo, rara vez individualmente. Sale en algunas escenas en las que los protagonistas realizan «expediciones al campo». Cuando Frígilis y Quintanar van a cazar:

«se metían en un coche de tercera clase, entre aldeanos, alegres, frescos, colorados; Quintanar dormitaba dando cabezazos contra la tabla dura; Frígilis repartía o tomaba cigarros de papel, gordos; y más decidor que en Vetusta, hablaba, jovial, expansivo, con los hijos del campo, de las cosechas de hogaño y de las nubes de antaño; si la conversación degeneraba y caía en pleitos, torcía el gesto y dejaba de atender, para abismarse en la contemplación de aquella campiña triste ahora, siempre querida para él, que la conocía palmo a palmo» (capítulo xVIII).

Otras veces las expediciones eran para merendar en el campo, en las afueras de Vetusta, aprovechando el buen tiempo:

«Se comía, allá arriba, lo que salía al paso, lo que daban los pasmados venteros: chorizos tostados, chorreando sangre, unas migas, huevos fritos, cualquier cosa; el pan era duro, ¡mejor!, el vino malo, sabía a la pez, ¡mejor! Esto le gustaba a Quintanar: y en tal gusto coincidía con su esposa, amiga también de estas meriendas aventuradas, en las que encontraba un condimento picante que despertaba el hambre y la alegría infantil. En aquellos altozanos se respiraba el aire como cosa nueva (...). Notaba Ana que en aquella altura, en aquel escenario, mitad pastoril, mitad de novela picaresca, entre arrieros, maritornes y señores de castillos, a lo don Quijote, se despertaba en ella el instinto del arte plástico y el sentido de la observación; (...), y en suma, se le revelaba la naturaleza como poeta y pintor en todo lo que veía y oía, en la respuesta aguda de una aldeana o de un zafio gañán (...)» (capítulo xix).

El empleo de calificativos despectivos (como «pasmado», «zafio», y otras veces «grosero») para referirse a los campesinos no es infrecuente en *La Regenta*, ni en otras obras de Clarín, a veces de un modo poco justificable literariamente. En las *Cartas de un estudiante* escribe:

«En amor, nada más ridículo que la filosofía del amor; en nuestras aldeas he oído muchas veces los coloquios de los mozos y las mozas, coloquios que son como una grosera parodia del culteranismo de nuestro antiguo teatro; la hembra suele tener a su disposición un caudal de refranes, lugares comunes llenos de malicia, de metafísica fría y falsa y abstracta (...)».

En general, la imagen colectiva de los campesinos no suele salir bien parada en la obra literaria de Clarín. Una de las características que se les atribuye repetidas veces es la codicia. En *La Regenta*, cuando se describe a los habitantes de Matelerejo, pueblo de doña Paula, la madre del Magistral, que eran labradores y mineros, se dice:

«En Matalerejo, y en todo su valle, reina la codicia, y los niños rubios de tez amarillenta que pululan a orillas del río negro que serpea por las faldas de los altos montes de castaños y helechos parecen hijos de sueños de avaricia. Paula era de niña rubia como una mazorca; tenía los ojos casi blancos de puro claros, y en el alma, desde que tuvo uso de razón, toda la codicia del pueblo junta (...) Los ochavos que ganan así los hijos de los pobres son en

⁶ Julio Caro Baroja, «La ciudad y el campo o una discusión sobre viejos lugares comunes» en *La ciudad y el campo*, Madrid, ed. Alfaguara, 1966, págs. 11-36.



Casa mariñana y hórreos, c. 1900 (Albúmina, 96 x 125 mm. Gijón, Museo del Pueblo de Asturias).

Matalerejo la semilla de la avaricia arrojada en aquellos corazones tiernos, semilla de metal que se incrusta en las entrañas y que jamás se arranca de allí» (capítulo xv).

La misma codicia nos vamos a encontrar en los tipos campesinos que aparecen en los cuentos *Boroña*, escrito en 1893, y *Manín de Pepa José*, de 1898. El primero, como ya dijimos, es la historia de un indiano que regresa a su pueblo a morir. Allí lo esperan su hermana Rita, su cuñado Ramón Llantero y sus sobrinos, que sólo ansían su dinero.

«Tenían cinco hijos, y por las cartas que le escribían conocía el ricachón que la codicia de Llantero se le había pegado a Rita y había reemplazado al cariño. Los sobrinos no le conocían siquiera. Le querían como a una mina».

Pero la codicia no es sólo una característica de esta familia campesina, es intrínseca a todo el grupo del que forman parte. En el mismo cuento se dice:

«Lo que él [el indiano] llamaba exclusivamente el aire

natal era la pasión de su vida, su eterno anhelo; el amor al rincón de verdura en que había nacido, del que le habían arrojado de niño, casi a patadas, la codicia aldeana y las amenazas del hambre».

En Manín de Pepa José, uno de los cuentos de ambiente más rural de Clarín, todos los personajes son codiciosos menos el protagonista, Manín, que es soñador, alegre y vago, bien encuadrable en el tipo de «alma sencilla». Frente a Manín están su madre, «que no daba un bocado de pan sin que se lo pagara algún servicio», su mujer, «hormiga con alas para la codicia», y su yerno, que «era el aldeano más codicioso y tenaz para el trabajo de todo el concejo».

Cuando los campesinos se describen individualmente tampoco suelen salir bien paradas las características del grupo. Por ejemplo, cuando se retrata a Petra, criada de la Regenta, señala: «Procuraba disimular el acento desagradable de la provincia y hablaba con afectación insoportable» (capítulo IX). El mismo sentido tiene el comentario sobre el habla del



Cat. n.º 342.

protagonista del cuento Don Patricio o el premio gordo en Melilla:

«—¡Caracoles! Yo *nun* me *suscribu cun* nada; porque *nun* sabe *unu* donde la tiene.

Así contesta don Patricio, que es rayano de Galicia y Asturias y habla como los gallegos de comedia».

Los campesinos van a ser los protagonistas de unos pocos de sus cuentos. Eso sí, uno de ellos será de los más conocidos y estimados de la obra clariniana: ¡Adiós, Cordera! Es lógico que sea así, pues es un cuento muy emotivo y tierno, escrito en su periodo más idealista, que trata sobre el amor de unos niños por una vaca, sobre la pobreza de los campesinos asturianos que no son dueños de la tierra que trabajan ni de la casa en la que habitan, y sobre la sumi-

sión del campo a las decisiones que se toman lejos de él, desde el poder político y la ciudad. Las dos últimas son cuestiones basadas en una realidad incontestable, pero el cuento basa su argumento en la relación de los niños con Cordera, nombre de la única vaca que tiene la familia, con la que los niños conviven desde que nacieron y que su padre tiene necesidad de vender para pagar la renta de la casería. El relato, como ya dije, es altamente emotivo, pero eso no significa que en él se retrate la naturaleza del campesino asturiano. Los sentimientos que se reflejan en él no son los de dos niños campesinos sino los de Clarín, un burgués de Oviedo, y el cuento sigue gustando, porque la mentalidad que ha triunfado es la de esa clase social, y no la de los campesinos que criaban en sus casas los animales que más tarde se comían en el pote, especialmente el cerdo, pero también los corderos, los cabritos, etc. Estos campesinos sabían desde niños que las vacas no se mataban en casa y que cuando eran viejas se vendían en los mercados o

PEDRO SAINZ Y RODRÍGUEZ, obra citada, pág. 75 y HARRIET S. TURNER, «Dinámica reflexiva en ¡Adiós, Cordera!» en Clarín y La Regenta en su tiempo: Actas del Simposio Internacional, Oviedo, 1987, págs. 911-919.

ferias. Su carne no se comía, no porque no se deseara, sino porque su venta era imprescindible para comprar otra vaca más joven, que diera terneros para el mercado, leche para tomar desnatada y con su grasa elaborar mantequilla, fuerza para ayudar en las labores del campo y abono para alimentar las tierras de cultivo. La vaca era fundamental para la subsistencia del campesino, pero a menudo no era de su propiedad y se llevaba en aparcería o comuña con un señor. En este caso, con más motivo, las vacas y los terneros siempre acababan en el mercado. Todas las vacas tenían su nombre con el que se las llamaba e identificaba, y ese nombre era imprescindible para educarlas y gobernarlas en el campo. Se hacían viejas en las casas, donde llegaban a vivir hasta diez o doce años. Los campesinos les tenían afecto, reconocían sus virtudes y sus manías, pues de ellas dependía en gran medida el funcionamiento de la casería. Naturalmente costaba más desprenderse de la vaca trabajadora y buena, que de la maniática e impulsiva, pero la vaca estaba para explotarla, y a fines del siglo xix el campesino estrujaba a la vaca todo lo que podía para sobrevivir él. En Grandas de Salime, todavía se dice hoy que antiguamente en el campo no se podía ser «ni vaca ni muller», refiriéndose a todas las faenas que ambas tenían encomendadas. El cuidado de las vacas en el prado era una faena de viejos y niños, miembros de la casa que no estaban capacitados por su escasa fuerza física para otras labores, y para los niños era una obligación incomoda, que los sujetaba a los animales y a la inactividad.

Un tópico que Clarín utiliza en sus cuentos de ambiente rural es el del campesino enemigo del progreso y las novedades. «¿Convenía o no la carretera? Por de pronto era una novedad, y ya tenía ese inconveniente. Manín de la Chinta, además, sentía abandonar la antigua calleja, el camín rial, un camino real que nunca había llegado a cuarto siquiera». Así comienza el cuento de La trampa. Para Manín no importaban los defectos del camín rial, lo que valía para él era que «por aquel camino habían llevado el carro el padre de Manín, el abuelo de Manín, todos los ascendientes de que había memoria». Al final, la carretera pasó por el medio de las fincas de Manín y éste no tardó en darse cuenta de sus ventajas, porque

según el narrador, es decir Clarín, «el romanticismo de estos aldeanos nunca es tan excesivo que llegue a luchar largo tiempo con lo útil». En ¡Adiós, Cordera! son el tren y el telégrafo, dos de los inventos más significativos del siglo XIX, los símbolos del progreso que el campesino considera una amenaza a su forma de vida:

«Con qué odio miraba Rosa la vía [del ferrocarril] manchada de carbones apagados; con qué ira los alambres del telégrafo. ¡Oh! Bien hacía la *Cordera* en no acercarse. Aquello era el mundo, lo desconocido, que se llevaba todo. Y sin pensarlo, Rosa apoyó la cabeza sobre el palo [del telégrafo] clavado como un pendón en la punta del Somonte. El viento cantaba en las entrañas del pino seco su canción metálica. Ahora ya lo comprendía Rosa. Era canción de lágrimas, de abandono, de soledad, de muerte».

Esta es la imagen que la obra literaria de Clarín difunde del campesino asturiano. Una imagen que es difícil contrastar con los sentimientos reales de los campesinos de su tiempo, pues de estos casi no tenemos testimonios directos. En el siglo xix, las cosas que sabemos de los campesinos nos llegan a través de intermediarios: viajeros, escritores (como Clarín), curas o profesionales que viven en contacto con ellos (médicos, abogados, notarios), pero es muy difícil hallar testimonios escritos por los propios campesinos en los que manifiesten sus preocupaciones y sentimientos, en gran parte debido a la alta proporción de analfabetos que formaba esta sociedad en la que la transmisión era eminentemente oral. En Asturias, uno de los pocos y de los mejores testimonios de esta clase es el de Rosendo María López Castrillón (1803-1864), campesino del pueblo de Riodecoba (Allande), que escribió una historia de su casa y unas memorias de su vida. En sus escritos se recogen los trabajos y las mejoras que llevó a cabo en su casa, y las cosas notables que sucedieron en su pueblo y en su tiempo. López Castrillón, como campesino práctico que conocía bien la dureza del trabajo físico, el sacrificio, la necesidad y el hambre de su mundo rural, no dejará de manifestar en su manuscrito la admiración que le produjeron los adelantos que trajo el siglo xix, como el ferrocarril y el telégrafo, que él considera cosas admirables y beneficiosas.



Cat. n.º 333.

«En estos años se vieron en España con admiración de todos los primeros fósforos o mixtos para sacar fuego, que antes era con yesca y eslabones. Las primeras carabinas de pistón y luego en 1840 se hicieron así todos los fusiles de la tropa. Los alambres para correr las noticias casi como el pensamiento⁸. Los alumbrados de gas sin aceite. Los ferrocarriles y barcos de vapor, molinos, fábricas y otras cosas admirables que se inventaron e inventan en este siglo que jamás fueron oídas. Guardia Civil y Código Penal también tuvo principio en 1850 poco más o menos, pues antes todo eran robos en las sierras, ferias y casas, y palos y quimeras y escalabros en las fiestas y ferias, y ahora todos son bien criados que fue cosa muy útil».

Con todo lo dicho, queremos demostrar que Clarín utilizó en sus novelas y cuentos un estereotipo de campesino muy extendido entre la burguesía y los terratenientes, y resultado de un conocimiento parcial y superficial de esta clase social⁹. Es cierto que el campesino es conservador, pero no por romanticismo ni por enemistad con las novedades, sino por supervivencia. Su economía no aspira a producir para el mercado, sino sólo a pagar las rentas a los propietarios de la tierra y a la subsistencia del grupo familiar; la falta de capital no le permite adquirir cosas nuevas, ni tan siquiera arriesgarse con cultivos, técnicas o aperos nuevos que no conoce bien y que pueden fracasar en su aplicación. La economía de un campesino de la segunda mitad del siglo XIX no podía permitirse un fracaso, pues siempre está al borde de la escasez, y ello supondría perder la casa y las tierras

⁸ Se refiere al telégrafo.

⁹ Para conocer más opiniones sobre el carácter del campesinado asturiano véase la polémica que suscito la publicación en 1864 del libro de Luis Pérez Mínguez, *Manuel del agricultor asturiano*, en la que participaron varios propietarios agrícolas y representantes de la burguesía regional. Protasio González Solis y Cabal, *Memorias asturianas*, Madrid, 1890, págs. CXII-CL.

por impago de las rentas, y el hambre.

Clarín nunca conoció bien a los campesinos, porque nunca debieron interesarle mucho, y su relación con ellos en Guimarán debió ser cordial pero distante. Entre los campesinos era conocido por su mal genio y para sus caseros «era menos labrador que sus antecesores»10. Todos los testimonios apuntan a que trató más con curas rurales, que serán protagonistas de varios de sus cuentos y, en definitiva, el clero será uno de los grandes protagonistas de La Regenta, su obra maestra. Su desconocimiento del medio rural no sólo se aprecia en el empleo de estereotipos, sino también en el poco rigor con el que realiza algunas descripciones de elementos y escenas rurales. Por ejemplo, en la relación amorosa que mantienen en el interior de una panera Álvaro Mesía y la «aldeana» Ramona en La Regenta, se define esta construcción como una «casa de madera sostenida por cuatro pies de piedra, como las habitaciones palúdicas sustentadas por troncos, y las de algunos pueblos salvajes». Varias veces se dice que tiene ventanas. En realidad, la panera es una construcción auxiliar de la casa campesina asturiana que se levanta del suelo con seis o más pies para evitar la humedad; se emplea para guardar frutos, especialmente granos, y otros alimentos (matanza, manzanas), así como utensilios, ropa, etc. Está construida en madera y puede tener un corredor alrededor. Solamente tiene dos o tres puertas y unos huecos para la ventilación, nunca posee ventanas por las que pueda pasar una persona como sucede en el relato de Clarín. Es bastante significativa la comparación que hace nuestro escritor de la panera con las habitaciones palúdicas y las de pueblos salvajes, pues para explicar una construcción tan habitual en el medio rural europeo se compara con algo lejano y exótico, sólo conocido a través de las revistas ilustradas que se leían en casinos y clubes privados.

El hórreo y la panera son dos de las construcciones populares que Clarín menciona y describe con frecuencia en sus obras. Tal vez le merecieran cierta consideración por su originalidad. Por el contrario, la casa campesina no tiene para él ningún interés, casi nunca se describe, nunca se valora. En la época que él vivió existía en Asturias una importante arquitectura popular, que además se estaba reformando gracias al dinero que enviaban los emigrantes en América y a las transformaciones que estaban acaeciendo en el campo. Clarín siempre se refiere a las viejas casas terrenas de planta rectangular y cubiertas de teja, tan frecuentes en Asturias, como «chozas», termino poco apropiado que no responde a la realidad, y, a menudo, al resto de las casas campesinas como «casuchas». En Manín de Pepa José se dice: «hasta se le echó del cuarto desahogado y caliente que ocupaba en la casa nueva y se le obligó a vivir en la choza antigua de la casería»; en La Trampa: «A la orilla del nuevo camino se fueron fabricando casuchas pintadas, más limpias y sólidas que las chozas de la ladera cercana», y en El cura de Vericueto: «Vericueto es una bandada de chozas pardas y algunas casuchas blancas esparcidas por la ladera aquella del Suarveces».

Otras muestras del desconocimiento que Clarín tenía del medio rural y de su desinterés por observarlo se trasluce en pequeñas anécdotas que no dejan de ser significativas. En ¡Adiós, Cordera!, por ejemplo, en una de las escenas más emotivas del cuento, cuando el tratante de ganado se lleva a la vaca Cordera, se dice:

«Pinín y Rosa, sentados sobre el montón de *cucho*, recuerdo para ellos sentimental de la *Cordera* y de los propios afanes, unidos por las manos, miraban al enemigo con ojos de espanto».

Cucho es el termino asturiano que designa al estiércol, que se amontona junto a las cuadras, y es poco creíble imaginarse a alguien sentado sobre «el montón de cucho», ni tan siquiera como un recurso literario. El hecho es tan inverosímil que le quita emoción a la escena. Vuelve a repetir la misma situación en La guitarra:

«Ello fue que a los tres años Pepín, desnudo de medio cuerpo abajo y de medio cuerpo arriba no muy vestido, se sentaba sobre el estiércol de la *quintana* y cantaba, con precisa imitación, al estilo de su señor padre».

Otro ejemplo lo encontramos en el prólogo que le

¹⁰ MARINO BUSTO, «Explicación de Marino Busto en la visita a Guimarán», Clarín y La Regenta en su tiempo: Actas del Simposio Internacional, Oviedo, 1987, pág. XXXV.



Cat. n.º 314.



Cat. n.º 335.

hizo a su amigo José Quevedo para el poema escrito en asturiano *La batalla de Sao del Indio en la Isla de Cuba ganada por el general Canella*, editado en Oviedo en 1896. En este prólogo Clarín se muestra partidario del «bable realista» empleado por Teodoro Cuesta y Quevedo, y critica a «los prosistas del bable estático», y termina diciendo:

«(...) y se convencerán de que el empeñarse en *cristalizar* el bable en formas académicas, para evitar su corrupción, es lo mismo que querer fabricar queso de Cabrales y prescindir de los gusanos».

No hace falta decir, que el queso de Cabrales no se elabora con gusanos y que cuando aparecen éstos es que el queso está en malas condiciones. El error estaba muy difundido en las ciudades, donde se consumía mucho este queso, y es uno más de los tópicos, en este caso falso, que Clarín recogerá y

difundirá en su obra.

Clarín y los estudios de folclore

El poco interés que la cultura campesina tuvo para Clarín se manifestará en su actitud ante la formación de la sociedad *El Folklore Asturiano* en 1884, el mismo año en que estaba escribiendo el primer volumen de *La Regenta*.

En la segunda mitad del siglo XIX comienzan los estudios de folclore o del saber popular en Europa. Desde 1881, Antonio Machado Álvarez (1846-1893), introductor de estos estudios en España, había estimulado desde Sevilla la creación de sociedades para el estudio de la cultura popular en nuestro país. Machado era discípulo del destacado krausista andaluz Federico de Castro, que le inculcó el interés por

la literatura popular. Fue miembro de la Sociedad Antropológica de Sevilla, fundada en 1873. A partir de 1879, conoce la obra de Max Müller y adopta un método positivista con el fin de recoger las producciones populares no como «curiosas, bonitas o ingeniosas, sino como objeto de indagación científica y, desde luego, como parte de las manifestaciones culturales de un pueblo».

Machado conoce en 1880 la fundación en Inglaterra de la Folk-Lore Society, cuyo objetivo era recopilar y estudiar las manifestaciones populares de aquel país. Un año después funda la sociedad El Folk-Lore Español, que concibió como una organización federal en la que se integrarían las diferentes regiones españolas. Gracias a un esfuerzo personal muy grande logra crear las sociedades de El Folklore Andaluz, Frexnense, Castellano, Gallego y Riojano, así mismo publica la revista El Foklore Andaluz y once tomos de la Biblioteca de las Tradiciones Populares Españolas (1883-1886). En 1884 comienza a promover la creación de una sociedad de esta clase en Asturias. Para ello cuenta con Fermín Canella Secades (1849-1924), vicerrector de la Universidad de Oviedo, y sobre todo con Aniceto Sela Sampil (1863-1935), estudiante de Derecho, discípulo en Madrid de Francisco Giner de los Ríos, y años más tarde catedrático e impulsor de la Extensión Universitaria en Oviedo. El primero no mostrará ningún interés en la iniciativa de Machado, pues estaba integrado en La Quintana, un grupo variopinto de estudiosos asturianistas, pero enviará a Machado un Interrogatorio del saber popular de Asturias que éste se encargará de publicar en la prensa sevillana y en El Folk-Lore Frexnense y Bético-Extremeño.

Por el contrario, Sela intentará fundar *El Folklore Asturiano* durante el primer semestre de 1884, y en ese tiempo mantendrá una correspondencia con Machado, de las que se conocen las cartas enviadas

por éste último¹². La relación entre ellos tuvo que llegar sin duda por la Institución Libre de Enseñanza a la que ambos estaban vinculados en esas fechas. Machado ocupó el cargo de profesor de folclore en esta institución y fue colaborador habitual de su boletín.

A través de las cartas de Machado conocemos el papel que adoptó Leopoldo Alas en la fundación de *El Folk–Lore Asturiano*, que en un primer momento fue de desinterés por estas cuestiones y más tarde de verdadero freno a la iniciativa de crear una sociedad de esta clase. La primera carta de Machado a Sela está fechada en Madrid a 2 de enero de 1884. En ella le informa de las instrucciones necesarias para fundar la sociedad y de sus fines, y se refiere a Canella y a Alas, sobre éste dice:

«Si tiene confianza con Leopoldo Alas, a quien aprecio mucho, aunque no tengo el gusto de conocerlo personalmente, enséñele esta carta y déle uno de los folletos que le envío, diciéndole si quiere ayudarme en esta empresa, cuya trascendencia conocerá en cuanto lea esta carta y las bases del Folk-Lore Español».

Sela se puso en contacto con Canella, Juan Menéndez Pidal y Leopoldo Alas. Este último le contesto desde Oviedo, el 18 de febrero de 1884, con la siguiente carta, hasta ahora inédita¹³:

«Sr. Dn. Aniceto Sela

Mieres

Mi estimado amigo: he hablado á Canella de los propósitos del Sr. Machado y me ha dicho que de este señor tenía él infinidad de cartas recomendándole lo mismo, y que se ocupaba en preparar lo necesario para (¿inaugurar?) el Folklore Asturiano.

En buenas manos está el pandero y yo me inhibo por completo.

Lo mejor que yo puedo hacer a favor de esa benemérita empresa es no meterme en ella. No hay cosa más inútil que yo para tales asuntos. Recuerdo que en Madrid hace años me nombraron Presidente de una sociedad de (¿las normales?). Presidí una sesión y al poco tiempo (¿murió?) todo aquello. Mi presidencia.

[&]quot;Carmen Ortiz García y Luis Ángel Sánchez Gómez (editores), *Diccionario histórico de la antropología española*, Madrid, C.S.I.C., 1994, págs. 450-455, y Carmelo Lisón Tolosana, «Una gran encuesta de 1901-1902 (Notas para la Historia de la Antropología Social en España)», en *Antropología Social en España*, Madrid, Akal ed., 1977, pág. 157.

¹³ J. L. Pérez de Castro, «Don Aniceto Sela como fundador de El Folklore Asturiano», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 27 (1971), págs. 49-79.

¹³La carta pertenece a don Luis Sela Quintana, a quien agradecemos su conocimiento.

In ga Aniato Gla Min Mintimado umiso; he habitado a Candl. de la projectes del IV. Machado y me ha dishe you do este send tenis d'infre hided de cortas recomendar dal le mismo, y que ne oughte en pregotor lonewrite por Manyon el Palk_ Lower besterland. En buesas Mais esta el pandero I go me intilo per completo. to mejor you yo punds lover on from or on benement empore on no metiline in elle. No hay in mos until ye yo par tales asantos. Premerde of en Midsid has aims ene mentione providente de un locide of lune mules. Provide ar resin I al pour timps truis todo epele.

Cat. n.º 365.

Además tengo muy poco tiempo libre y poca salud. Además mis paisanos hasta cierto punto son muy bue-

nas personas pero no los quiero como colectividad.

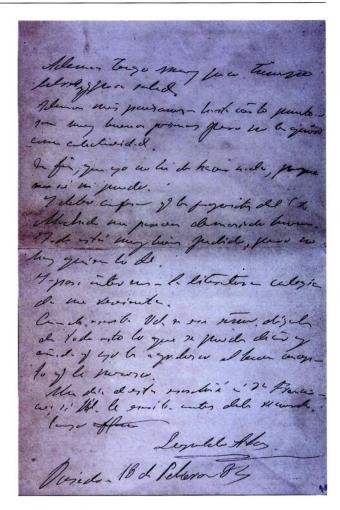
En fin, que yo no he de hacer nada, porque no sé ni puedo.

Y debo confesar que los propósitos del Sr. Machado no parecen demasiado buenos. Todo está muy bien pedido, pero no hay quien lo dé.

Y para internos la literatura colegiada me revienta.

Cuando escriba Ud. a ese señor dígale de todo esto lo que se pueda decir y añada que yo le agradezco el buen concepto que le merezco.

Un día de estos escribiré a Dn. Francisco", si Ud. le escribe antes dele recuerdos.



Cat. n.º 365.

Suyo afmo. Leopoldo Alas Oviedo, 18 de febrero 84»

Sela informó a Machado de sus gestiones y de sus resultados, y éste le contesta el 21 de marzo, muy ofuscado por la respuesta de Alas. La carta dice lo siguiente:

«(...) El F.-L. Asturiano se hará pronto: si Canella y Alas nos abandonan, lo haremos nosotros. En los eruditos y científicos a su modo pocas veces se encuentran las prendas de carácter necesarias para hacer el bien de la vida: desconfíe siempre usted de ellos. Lo de Canella es una verdadera bajeza; lo de Alas, que usted llama encantador gracejo, pura y simplemente una tontería; no ha entendido la cosa; no se trata de literatura (tontería que también se le metió en la cabeza a Costa) ni de colegiamiento para fomentarla. Emilia Pardo Bazan, cuyo dis-

[&]quot;Se refiere a don Francisco Giner de los Ríos, «maestro de los íntimos del *grupo de Oviedo*, de Alas, Buylla, Aramburu, Sela, Altamira y Posada», Adolfo Posada, *Fragmentos de mis memorias*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1983, pág. 217.

curso le envió, con ser una mujer y literata por añadidura, ha entendido la cosa mucho mejor; para el F. - L. sólo se necesitan hombres de buena voluntad, amantes del país que tengan media hora que dedicar a la recolección fiel de los materiales que se indican en la base 1^{a15}. La misión más altamente científica del F.- L., es recoger: la ciencia seria no quiere hoy especulaciones eruditas ni filosóficas, sino hechos, hechos, que aquí se traduce por costumbres, cuentos, adivinanzas, tradiciones, fiestas, pregones, leyendas, usos, etc. Si se invita a los eruditos para el F.-L., Sociedad de Obreros y de Recolectores, es únicamente transigiendo con el estado inculto y anticientífico del país. Lo que se busca no es una literatura colegiada, sino los datos indispensables para conocer la evolución biológica del pensamiento humano, para la sociología experimental y los testimonios inconscientes que en el pueblo se conservan de civilizaciones inferiores (...) Esto es lo que hace falta. Los comentarios, que se los ponga Tylor y Max-Müller y Lubbock, ninguno de los cuales, dicho sea de paso, son literatos en el sentido ordinario de esta palabra. La Sociedad del F.- L. viene a reivindicar los derechos del pueblo a ser considerado como un factor en la ciencia y en la historia, y yo me maravillo que el Sr. Alas, republicano, provincialista y amigo (al menos al parecer) del pueblo, llame a esto literatura colegiada. ¿Es literatura colegiada estudiar la esencia del pueblo en los loupgarous lobishomens de Galicia y Portugal, y los conocimientos que el pueblo tiene en agricultura y botánica? ¿Es literatura la fauna y flora popular de la Francia hechas por Rolland? ¿Es literatura recoger los amuletos del pueblo y los artefactos que emplea para sus industrias? Lo que va habiendo en España es un rebajamiento de caracteres colegiados que nos llevará, como tan elo-

¹⁵ Las bases de El Folk-Lore Español: Sociedad para la recopilación y estudio del saber y las tradiciones populares fueron redactadas por Antonio Machado Álvarez en Sevilla el 3 de noviembre de 1881. La base primera dice: «Esta Sociedad tiene por objeto recoger, acopiar y publicar todos los conocimientos de nuestro pueblo en los diversos ramos de la ciencia (medicina, higiene, botánica, política, moral, agricultura, etc.); los proverbios, cantares, adivinanzas, cuentos, leyendas, fábulas, tradiciones y demás formas poéticas y literarias; los usos, costumbres, ceremonias, espectáculos y fiestas familiares, locales y nacionales; los ritos, creencias, supersticiones, mitos y juegos infantiles en que se conservan más principalmente los vestigios de las civilizaciones pasadas; las locuciones, giros, trabalenguas, frases hechas, motes y apodos, modismos, provincialismos y voces infantiles; los nombres de sitios, pueblos y lugares, de piedras, animales y plantas; y, en suma, todos los elementos constitutivos del genio, del saber y del idioma patrios, contenidos en la tradición oral y en los monumentos escritos, como materiales indispensables para el conocimiento y reconstrucción científica de la historia y de la cultura españolas». El Folk-Lore Andaluz: Organo de la sociedad de este nombre, Sevilla, Francisco Álvarez y C.ª Editores, 1882 á 1883, pág. 501.

cuentemente decía Salmerón en su discurso sobre la Internacional, a que venga aquí una raza más vigorosa y nos quite un suelo que no queremos estudiar y que somos indignos de poseer (...)».

La falta de apoyo de los intelectuales de Oviedo era algo incomprensible para Machado. En una carta de 17 de abril de ese mismo año le hace a Sela el siguiente comentario: «(...) le escribo para decirle que estuve aver hablando con el Sr. Pedregal¹⁶, el cual se hacía verdaderamente cruces de que Leopoldo Alas, Buylla, Aramburu y (Canella) Secades, hayan tomado el Folklore con tanto despego, que aún no se hayan decidido a constituirlo (...)». A pesar de esta situación adversa, Machado anima a Sela a constituir El Folklore Asturiano y con este fin Sela convoca para el miércoles 25 de junio de 1884, por la tarde, una reunión en la sala de sesiones de la Sociedad Económica de Amigos del País, en Oviedo. En ella «se reunieron algunos escritores y representantes de la prensa», y entre estos estaba Clarín, que fue claramente a oponerse a la creación de esta sociedad. Según el periódico El Carbayón, publicado en Oviedo el 27 de ese mismo mes y año, en aquella asamblea, después de explicar Sela el objeto de la convocatoria, se manifestaron dos tendencias:

«(...) una, mantenida por el Sr. Sela para que se estableciese desde luego el Folk-Lore asturiano en las mismas condiciones y con idéntico programa que el de las sociedades iguales ya constituidas en España; otra sostenida por los señores Aramburu y Alas para que, antes de constituir el Folk-Lore asturiano, se haga un programa en el cual se incluyan solamente los estudios de verdadera importancia, descartando mucho que juzgan perfectamente inútil. (...)».

En la reunión no llegó a constituirse ninguna junta fundadora y sólo se nombró una comisión, compuesta por todos los asistentes, encargada de redactar unas bases de acuerdo con los criterios sostenidos por Félix de Aramburu (1848-1913), catedrático de Derecho Mercantil y Penal en la Universidad de Oviedo, y además uno de los compañeros y ami-

¹⁶ Se trata de Manuel Pedregal y Cañedo (1831–1896), natural de Grao (Asturias), abogado, político republicano, y uno de los fundadores de la Institución Libre de Enseñanza en 1876, donde fue profesor.

gos más íntimos de Clarín. Machado considera, en carta del 6 de julio de 1884, la oposición de Aramburu y Alas como «realmente incalificable y arguye una total carencia de inteligencia o una insigne mala fe, inexplicable en personas bien nacidas». Considera que estos señores no son nadie para poner en duda los fines de las sociedades de folklore instituidas en toda Europa, y termina diciendo:

«Lo que al Sr. Alas parece fútil, a los folkloristas parece aprovechable, y váyase lo uno por lo otro. En tanto, las lumbreras como Gubernatis, etc., empiezan a desprestigiarse ante el tesón de los ingleses y alemanes, ocupados solos en recoger materiales: *colecting materials*, que es nuestra bandera».

La Sociedad de El Folklore Asturiano no llegó a constituirse nunca. Detrás de la actitud de Leopoldo Alas, que el bueno y entusiasta de Machado no entendió nunca, había una inquina hacia la persona de Sela Sampil, que, a pesar de ser ambos del mismo grupo universitario, no mantenían en ese momento unas relaciones cordiales17. Pero además de esta cuestión personal es evidente que Alas debió considerar excesivo el interés que los folcloristas decimonónicos tenían por el saber popular, y banales muchas de las cosas que ellos recomendaban recolectar y estudiar. Su actitud ante la creación de El Folklore Asturiano y su misma obra demuestran que Clarín no fue capaz de vislumbrar nuevos horizontes científicos, ni supo distanciarse de su propia clase social para conocer y comprender otras realidades próximas.

Por otra parte, en 1887, Machado desalentado, abandona su actividad en el campo del folclore y las sociedades formadas en los años anteriores decaen considerablemente. Pero en esos seis años de dedicación se recogieron, estudiaron y publicaron de manera científica un numero importante de materiales del saber popular. Asturias no contó con esta sociedad y los pocos datos que se recogieron directamente en

estos años y se publicaron sin elucubraciones literarias fueron escasos y realizados individualmente. Los trabajos más destacados fueron los de Braulio Vigón (1849-1914), integrado en el grupo de La Quintana, pero que realizó su labor totalmente en solitario. Por lo demás, el trabajo de L. Giner Arivau, seudónimo de Eugenio Olavarría Huarte (1853-1933), hecho a petición de Machado, sobre el folklore de Proaza y publicado en el tomo octavo de la Biblioteca de las Tradiciones Populares Españolas (1886), es una muestra excelente de lo que podría haberse hecho si se hubiesen aplicado los métodos que éste recomendaba¹⁸. Esta vía de conocimiento no llegó a constituirse y el campo de los estudios folclóricos y antropológicos sigue sin estar reconocido por la Universidad de Oviedo.

La dificultad que han tenido los estudios de folclore, etnografía o antropología para desarrollarse en el mundo académico asturiano, y en general en la Universidad española, hay que buscarla en cierta medida en actitudes como la mantenida por Clarín con respecto al folclore, que son «síntoma de los tiempos» y «muestra de los errores de perspectiva histórica en que pueden incurrir hombres de reconocido talento» ("). Muchos años después de su actuación en la creación de *El Folk-Lore Asturiano*, Clarín seguía despreciando estos estudios y en concreto las recopilaciones de literatura oral que se publicaban en aquellos años. En 1896, aprovecha un palique en el

¹⁷ La historia de esta enemistad la cuenta Adolfo Posada en *Fragmentos de mis memorias*, págs. 207 y 208. En 1893, Sela, «amigo de Leopoldo, amigo y colega a quien veía casi a diario en Vetusta», escribió en el periódico madrileño *La Unión Republicana* un artículo «poniendo en solfa» a Clarín. A este le pareció muy mal y rompió su relación con Sela. Sólo «a la larga, muy a la larga, resurgió la perdida y apetecida cordialidad».

[&]quot; Olavarría Huarte fue fundador y presidente a fines de 1883 de El Folk-Lore Castellano. La recogida de información para el estudio sobre el folclore de Proaza fue hecha en Madrid «a una pobre lugareña de unos veintiocho años de edad, que hacía tres meses había venido de su pueblo, Proaza, pequeña aldea de la provincia de Oviedo (...). Una noche (...), le pregunté si sabía algún cantar; me contestó (...) que no; le rogué que hiciera un esfuerzo de memoria, y por fin se acordó de uno. Detrás de éste vino otro, y otro, y (...) en menos de tres horas me dijo 128 aquella noche. Tal fue el nacimiento de esta obrilla. Después de los cantares, con más confianza para responder ella y para preguntar yo, vinieron las leyendas, las tradiciones, los romances, y por último, esa colección de notas sueltas que puede agruparse bajo el título genérico de Miscelánea», «Contribución al Folk-Lore de Asturias: Folk-Lore de Proaza», Biblioteca de las Tradiciones Populares Españolas, tomo VIII (1886), Madrid, pág. 105.

[&]quot;Jesús Antonio Cid, «Clarín vs. Juan Menéndez Pidal y la polémica del *Folklore* (1885-1985)» en *Symbolae Ludovico Mitxelena Septuagenario*, ed. J. L. Melena, Vitoria, Instituto de Ciencias de la Antigüedad, 1985, tomo 11, pág. 1427.



Cat. n.º 337.

que elogia un libro de cuentos y chascarrillos andaluces «revestidos en lenguaje literario» para atacar a los folcloristas de la escuela de Machado y en concreto para denostar el valor de la literatura oral que era uno de los temas que más interesaba al folclore de esa época²⁰:

«El folklore de los pedantes, de los eruditos de feria, de los sabios de tienda del aire, es una chifladura, inutilidad enojosa y encombrant[e], como dicen los franceses. El folklore de los ilusos, de los grafómanos, de los que no sabiendo decir nada por su cuenta ni alcanzar a la erudición propiamente literaria, se dedican a recoger escorias, estiércol filológico, nonadas populares, me recuerda lo que dice el gracioso en el sainete Las gracias de Gedeón. ¿Para que sacudir el polvo a los muebles, si el polvo que se levante de una silla va a caer sobre otra?

Busca el entrometido indiscreto y atropellado sabiduría popular, sin distinguir, haciendo pacotilla de todo; lo colecciona, lo publica entre comentarios indigestos; pero ¿qué cristiano lo ha de leer? ¿Qué consigue? Que aquello esparcido antes, olvidado por menudo, insignificante y demasiado, ahora, amontonado, estorbe más, moleste más; por la abundancia, que hace tan aparente el verlo junto, sofoca y es causa de mayor menosprecio. Resultado, que el polvo pasó de una parte a otra, que las barreduras mudaron de sitio, pero no de condición ni de mérito».

Curiosamente, Clarín, mientras rechazaba los estudios de folclore más serios y científicos de la época, no solo elogiaba libros de cuentos y chascarrillos olvidados en la actualidad sino que se dejaba influir por el celtismo, una teoría romántica muy extendida en el siglo xix que atribuye a los celtas muchas costumbres campesinas europeas y que hoy está totalmente desprestigiada. Este movimiento

¹⁰ Madrid Cómico, 701, 25 de julio de 1896; citado por Jesús Antonio Cid, *artículo citado*, pág. 1427.

tuvo mucho arraigo entre los intelectuales galleguistas, encabezados por Manuel Murguía (1833-1923). En Asturias también tuvo varios seguidores. Uno de los más conocidos fue Bernardo Acevedo Huelves (1849-1920), que publicó en 1893 un libro sobre los vaqueiros de alzada, grupo social marginado al que desde el siglo xvIII se le atribuyó un origen judío o morisco, y que él consideró como de origen céltico. Clarín hará mención en algunas de sus obras al origen celta de ciertas costumbres asturianas, por ejemplo en el cuento El Quin (1895):

«El ixuxú prehistórico del aldeano celta resonaba en las entrañas de las laderas y bajo las bóvedas de los bosques (...)».

O en *Manín de Pepa José* (1898), donde tres años después repite lo mismo:

«Manín era de oficio, de verdadero oficio, soñador. Un soñador alegre, que buscaba la soledad para saborear los recuerdos de las fiestas, de las romerías, de los bailes alegres, llenos de *ijujús* tempestuosos, horrísonos, expresión de *histerismo* de centauros. Manín no sabía que el *ijujú* era celta; él lo consideraba como una manera de relinchar de los mozos de la aldea».

a heroica cinded the acustiture dorma to visite rento del sud reliente y pererora empuyolo. elar que in tratouder que se vary lair el corre I Norte. Ningen vende per la aller e in se leve rumin extridente de la remulion de public ujer y pepeler, que ilm de arrayo en arrayo e vora de orguine en orguina sovolarido quiendre como moniporar que so levica g tel aire envueles en sur plagues envis. To de pellerlir equella virigação de la las ellas julias de todo se juntalem en un se en July et. das, dispossanders, scholade un prodes hoste la conteles lambetiones el la famile conteles de proper unt prince a la riquier, lune de gullo que mais à un tour arenelle que so mountille par mulion cione pour meder ain en le cordinare de monte, agarnote a use planes. Vetersations ! Concejalía de Cultura
AYUNTAMIENTO DE OVIEDO Pet. Burtie del Slavedor. La estella atedral fivere yourunter of pieder, de